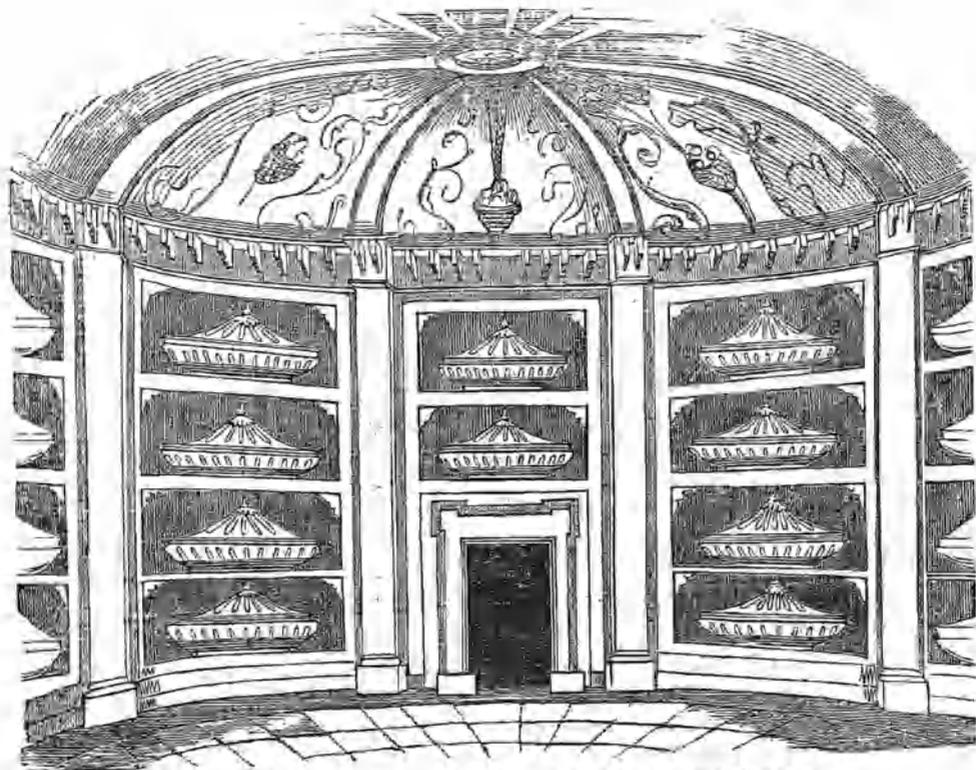


ESPAÑA ARTÍSTICA.



Panteon de los Duques del Infantado en Guadalajara.

En el número 32 del tomo tercero del *Semanario Pintoresco* perteneciente al año próximo pasado, al dar la vista y descripción del célebre palacio del Infantado en Guadalajara, ofrecimos dar igualmente las del suntuoso panteon que en la misma ciudad tiene la familia de aquel título. Hoy cumplimos por fin aquella promesa, presentando en el dibujo que precede, la vista de aquel suntuoso monumento, destrozado en gran parte por el vandalismo y el vértigo destructor que se apoderó de una gran parte de nuestros compatriotas durante la lucha civil, con mengua de la civilización y de las glorias del país que les diera el ser.

Difícilmente se dará un paso por Guadalajara sin presentarse á los ojos del espectador algun objeto que recuerde el poderoso influjo y la grandeza de la casa del Infantado: por do quiera campea el escudo de los Mendozas atravesado por la banda roja del Cid y el Ave Maria del célebre Garcilaso. Las iglesias y conventos, los establecimientos de beneficencia y de instruccion, y no pocos edificios particulares, debieron su existencia, o cuando menos su conservacion, á los descendientes de aquella opulenta familia.

Distinguióse por estas fundaciones piadosas Doña

ANA Mendoza de la Vega, célebre por sus virtudes, de la cual tuvimos ocasion de hablar, aunque ligeramente en el citado número 32. No contenta con haber edificado el convento de Carmelitas Descalzas, y reconstruido y poblado algunos otros, erigió el célebre panteon de su familia, que sirve de asunto al presente artículo. Hasta aquella época la familia del Infantado no habia tenido un sitio apropiado para su entierro. Es verdad que el Gran Cardenal de España, don Pedro Gonzalez de Mendoza, habia comprado con este objeto una capilla en la parroquia de Santa Maria de Guadalajara, propia de otra familia célebre de aquella ciudad, dándola en el sitio principal terreno suficiente para abrir quince sepulturas. Pero el mismo Cardenal mudó despues de ditámen, y fué enterrado en el presbiterio de la catedral de Toledo; y otros varios personajes de la familia, entre ellos D. Inigo de Mendoza, yacen allí cerca en la capilla de Santiago, donde se ven igualmente los sepulcros de D. Alvaro de Luna y su esposa, emparentados con la casa del Infantado.

Por lo que hace á los últimos Duques antecesores de doña Ana, habian sido enterrados en el pavimento de la iglesia de San Francisco de Guadalajara, en

sepulcrós harto modestos. Deseando pues aquella señora que los restos de sus ascendientes quedaran depositados en más suntuoso lugar, determinó fabricar un panteón digno de la grandeza de su casa, en aquella misma iglesia, la cual había embellecido con obras muy notables.

Ya en tiempos antiguos el Almirante de Castilla D. Diego Hurtado de Mendoza había reedificado aquel convento, abrasado en 1394. Su iglesia era, como casi todas las de la orden de San Francisco, grande pero desarreglada y con poca simetría. Doña Ana hizo enlazar de mármol el pavimento, y costó otros varios adornos, entre ellos el altar mayor, en el que había cinco cuadros grandes, los cuales en las solemnes festividades se bajaban fácilmente por medio de unos resortes al tiempo de descubrir el Santísimo, apareciendo detrás de cada cuadro un hermoso relicario con los restos y reliquias de varios santos memorables.

Debajo de este altar se construyó el panteón, al que se entra por el mismo presbiterio á mano derecha. Bájase á él por una escalera primorosamente tallada de mármol jaspeado y negro, compuesta de tres tramos que forman ida y vuelta en ángulo recto, y su total 55 escalones. El tramo tercero penetra en un pasillo del mismo trabajo, que conduce al panteón. Es de planta elíptica, cubierto por una elipsoide que parece de revolución: todo él es de mármol de colores y negro, y el friso es de este último. Los filetes de las cornisas son dorados, y lo mismo los adornos del techo en relieve sobre mármol de color: el pavimento es también de mármol blanco y negro. Las urnas son en número de 26, colocadas en sus correspondientes nichos entre ocho pilastras que dividen el espacio. Frente á la entrada hay una capilla rectangular, como de unas cuatro á cinco varas en cuadro, cubierta de una bóveda, y sostenida por cuatro columnas de mármoles de mezala, de orden corintio, en cuyo centro se colocó un hermoso crucifijo de bronce dorado.

Principióse la construcción de esta grandiosa obra en 1696, y no se acabó hasta 1728, habiéndose invertido en ella un millón y ochenta y dos mil seiscientos y siete reales. Dirigió la obra Felipe Sánchez, arquitecto de la casa del Infantado, y la ejecutó Felipe de la Peña, maestro de obras de Guadalajara. Pero habiendo alcanzado la Doña Ana de Mendoza solamente hasta mediados del siglo XVII, parece que deben distinguirse dos épocas en la construcción de esta obra: la primera en vida de dicha señora, durante la cual se hizo la fábrica con sencillez pero con elegancia: luego que estuvo concluida, hizo Doña Ana trasladar allá y depositar en sus respectivas urnas los restos mortales de sus padres y dos maridos, y otros tantos hijos, escogiendo para sí misma una, que no tardó en ocupar. Pero terminada la sucesión directa en su hija Doña Luisa de Mendoza, con cuyo motivo pasó el título del Infantado á la casa de Lerma, se principió á revestir el panteón de mármoles y bronce en la época arriba citada, que es la segunda.

A vista de este suntuoso panteón es imposible dejar de hacer algunas comparaciones con el del Escorial,

á imitación y en competencia del cual parece fabricado, puesto que este se concluyó en 1654 (1), y aquel principió en 1696, según queda dicho. Muchas son las circunstancias en que convienen ambos, como se conoce á primera vista; pero respecto á la superioridad de mérito no están conformes las opiniones, lo cual no es poca gloria para este monumento artístico, aun cuando la mayoría preste su voto á favor del panteón Regio. Dicen comunmente que el del Escorial es superior en mármoles, y el de Guadalajara en bronce, y que este tiene también á su favor la buena repartición de luces de que carece aquel. Es indudable de todos modos que el panteón del Infantado rebaja en cierto punto al de los Reyes, pues cuando se comparan uno y otro, parece este mezquino para Monarcas de España, al paso que aquel se muestra harto suntuoso con solo sostener la rivalidad. Por otra parte, en el Escorial, donde todo respira grandeza, la atención del espectador se distrae sobre mil objetos, y es preciso que una cosa sea muy notable para que pueda conciliarse la admiración; al paso que en el convento de San Francisco de Guadalajara toda la curiosidad se reconcentra en el panteón como el único punto, sin que ni la iglesia ni el edificio adyacente hayan gastado las primeras impresiones.

Un objeto había únicamente en el que solía distraer por algunos momentos á los amantes de las bellas letras y de las antigüedades españolas; tal era el sepúlcró del célebre Arcipreste de Hita, que se hallaba enterrado en el claustro de aquel convento, á mano izquierda, conforme se entra á la iglesia. «Allí se mira, dice un Historiador de Guadalajara, (2) su estatua de alabastro vestido é hincado de rodillas.» Ignoramos la suerte que le había cabido en la desvotación general, aunque probablemente no había sido nada lisonjera, lo cual es tanto más sensible, cuanto que en los pocos apuntes biográficos que nos restan acerca de este patriarca de la poesía castellana, ninguno de ellos cita la fecha de su muerte ni el lugar de su entierro, en el cual no dejaría de haber alguna noticia acerca de ella.

Esto nos conduce á tratar acerca del deplorable estado en que se halla el panteón que motiva el presente artículo. La ventajosa posición del convento de San Francisco, situado sobre una pequeña eminencia que domina la campaña y gran parte de la ciudad de Guadalajara, hizo que se eligiera por la autoridad militar para improvisar allí un fortín durante nuestras discordias civiles. Por desgracia el panteón fue escogido para depósito de la pólvora, siguiéndose á esto los resultados precisos de aquella medida, á saber, el destrozo de aquel bellissimo edificio, y la violación de las urnas que contenían los restos mortales de aquellos personajes, célebres muchos de ellos, cuyos huesos permanecían aun el año pasado esparcidos por el suelo. Únicamente se conservan algunos de los

(1) Véase su descripción en el núm. 50 del tomo segundo del Semanario.

(2) Alvaro Núñez de Castro.

últimos Duques en el pudridero, al cual se baja por una pequeña escalera que hay frente á la principal. El hermoso crucifijo de bronce y algunos otros efectos fueron salvados á tiempo, de aquella piratería terrestre, y trasladados al palacio Ducal.

Sería muy loable que se restaurase este bello monumento en cuanto fuese posible, para honra no solamente de la familia á que pertenece, sino tambien de la nacion que ha visto con horror tan sacrílegas devastaciones; y que reposarán dignamente en él los últimos restos del malogrado Duque de Osuna y del Infantado, cuya prematura muerte ha sido llorada por todos los amantes de las bellas artes.

V. DE LA F.

POESIA.

EL DIA DE LOS DIFUNTOS EN EL CEMENTERIO.

Silencio... infame grey!!! El insolente murmullo represad. No vuestro labio las tumbas en que yace un pueblo ilustre, un pueblo en su esperanza aniquilado, manille con sacrílegas palabras, con sonrisa infernal, con vil sarcasmo. Aquí, donde la aurífera diadema del magnate, del rico y del letrado resplandece con lágrimas teñida junto al resto comun, hediondo érneo; aquí, donde los céfiros suspiran al traves del marrubio solitario, donde el Sol sus ardores debilita, y pálida la luna vibra el rayo; donde todo horroriza, porque todo forma de nuestra nada el triste cuadro; aquí, mortales, refrenad la lengua, aquí, mortales, detenid el paso.

Ebrios de gloria, si el odioso mundo se os presenta de flores adornado con la copa escondida de los vicios bajo el áureo disfraz de deber sacro, vosotros, cual autómatas sin fuerza con tales ilusiones deslumbrados, redoblais el deleite, y entre culpas surcais del tiempo el fugitivo lago. La memoria profunda de la muerte, cuyo influjo os sorprende á cada paso, vosotros espulsais de vuestro seno, la borrais con ensueños delicados, con prismas seductores, que malignos, velan del hoyo el misterioso arcano. Miente la lengua, si virtud aclama; la mano imprime escandaloso fallo, si á la pira inmortal del hombre justo cueлга por timbre generoso lauro. Sin rudo azote á la febril imágen, que turba vuestro espíritu exáltado

en las plácidas horas de la noche, recordais complacidos sus encantos, su tierna juventud, su leve talle... y en delicia impudente encenagados, vuestros tiros lanzais á la inocencia, tronchando crueles su flexible ramo.

Liberal el Criador, cuando su acento, en el globo naciente resonando, vertió la luz por el espacio inmenso que domina ese cielo tachonado, y estrajo frutos de la estéril planta, y verde cesped del insulso prado, y en el aire dulcísimos cantares y en el mar relegó tiernos pescados, el hombre dijo: «Mi riqueza es tuya,» y el hombre respondió: «seré tu esclavo.» Mas cumplió, por ventura, su promesa el ser intiel que apareció humillado? Fijó lindero á la venganza horrenda? Acogió la virtud? Holló el pecado? Que responda el autócrata primero, ese, que imbécil infringió el mandato de su Dios, perpetrando la vileza con su esposa infeliz bajo el manzano. Que responda su prole fatricida, Noé junto al altar del holocausto, el altivo y soberbio babilonio, el adúltero rey, ó el rey mas sábio. Respóndame Salem, Salem la bella, víctima infausta del poder Romano. Hable despues el trono de los Césares, el trono de Neron y Diocleciano... Y si os place correr espeso velo ante el mapa feroz de antiguos años, si quereis cercenar el vilipendio, que vuestra raza perpetúa grabado con sofismas é hipérboles sutiles en que vaga un espíritu obcecado, y acordais por sosten de vuestros padres el círculo argentino, ved al Gaitas tras el ruido fatal del ronco parche dejar la esteva por blandir el rayo. Nada le arredra; su espumante boca, torrentes de blasfemias vomitando, levanta el grito: «destruccion y sangre...» destila voces de espantoso estrago. Siempre encendida su implacable saña en las plazas brillantes, en el campo, do quiera que respiren nuevos seres, allí se enclava funeral cadalso.

Pero tened: ¿qué impávida cohorte, por la calle anchurosa retronando, comunica interes á las miradas de los grupos en torno aglomerados...? Infelice monarca!!! Vil juguete del sólio, del poder y del estado, su frente venerable entre las palmas, á la esposa cautiva arrebatado, con el amor del hijo en las entrañas, y trémulo de pena el regio labio,

prisionero de bárbaros sayones
mueve Luis hácia el inmundo tajo.
No mas, no mas horror! Basta, asesinos...
Rosbepierre infernal, Danton malvado,
la muerte de esas víctimas escelsas
fulmine vuestra muerte, desdichados!!
¡Maldicion sempiterna á vuestros maues!
Ni ¿quién pudiera bendecir el hado,
que á la Francia robó sus caros hijos
bajo el férreo poder de esos tiranos?
Ah! dije quién? Terrible corso,
nacido del cañon republicano,
se avanza á la llanura... pues no bastan
los muros de Luceia á sustentarlo.
Al frente de aguerridos campeones
atraviesa veloz reinos estraños:
las coronas oscilan vacilantes,
los tronos se estremecen, y humillados
su púrpura esplendente por alfombra
le tienden al pasar los soberanos.

Iberia oscureciera sus destellos,
y viera sus blasones usurpados,
si no rugiera de venganza y odio
su invencible Leon hostilizado.
Bien pronto los cerúleos pabellones,
que en el aire flotarán halagados
del soplo encantador de las victorias,
rico presente al heroismo pátrio,
traspasan el Pirene de retorno,
llevando impreso degradante escarnio.

La nacion se salvó. Brotó la oliva
en el suelo del Cid y de Pelayo;
la pacífica oliva cuyas ramas
blandas agitan olorosos tallos.
Esos guerreros de preclaro nombre,
aquese pueblo de luchar cansado,
por dar á nuestro siglo fama eterna,
reposa sobre el lecho funerario.
Aquí sus tumbas son. Mientra el Levita,
del bronce religioso al son pausado,
muestra en sus himnos gratitud piadosa,
y al Dios de los altares rescatados
ofrece el sacrificio de ternura
en la pira do yacen sus hermanos,
reprime, turba infiel, la incauta lengua,
la sonrisa infernal, el vil sarcasmo.

Triste es al alma que se alimenta
del dulce nectar de la piedad,
tanta algazara, fiesta y gracejo,
tanto bullicio, locura tal...

Y oír, que zumba
la campana:
hoy... mañana...
morirás!

El tiempo es humo, y en pos del tiempo
viene rodando la eternidad.

Flor recamada de visos bellos
entre perfumes la aurora abrió,
y del ocaso crudo relente
las verdes hojas raudó secó.
Ya no hay aromas en la pradera;
¿dónde se han ido bálsamo y flor?

Triste es al alma que se alimenta
del dulce nectar de la piedad,
tanta algazara, fiesta y gracejo,
tanto bullicio, locura tal...

Y oír, que zumba
la campana:
hoy.. mañana...
morirás!

El tiempo es humo, y en pos del tiempo
viene rodando la eternidad.

En el desierto de nuestra infancia
ven nuestros ojos campo de Abril;
la adolescencia frívola corre
soñando alegre placeres mil.
Mas, por ventura, no han sucumbido
nuestros mayores gozando así?

Triste es al alma, que se alimenta
del dulce nectar de la piedad,
tanta algazara, fiesta y gracejo.
tanto bullicio, locura tal...

Y oír, que zumba
la campana:
hoy.. mañana...
morirás!

El tiempo es humo, y en pos del tiempo
viene rodando la eternidad.

Desde la cuna parte el sendero,
que hácia el sepulcro marchando va;
y el caminante, ora entre flores,
ora entre abrojos, muerte hallará.
¡Muerte! y se alegra! y ríe gozoso!
y apura, y dobla su bacanal!!...

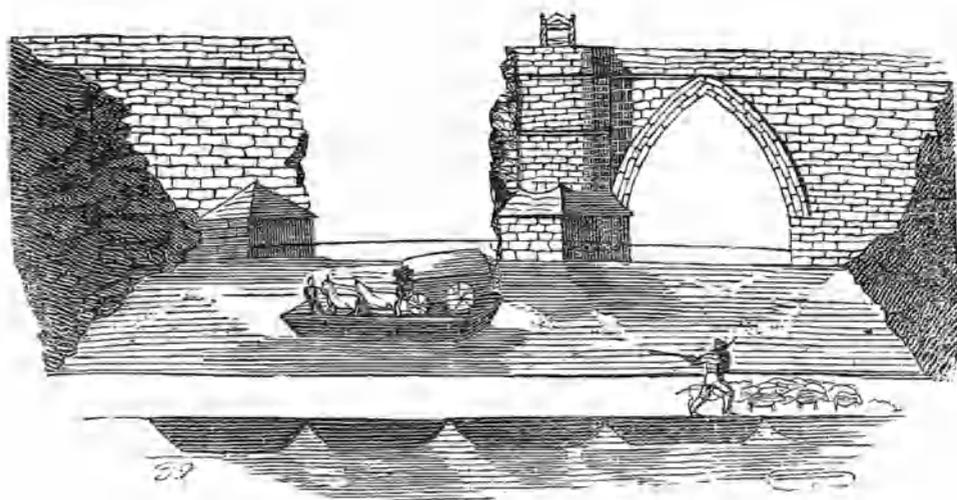
Triste es al alma, que se alimenta
del dulce nectar de la piedad,
tanta algazara, fiesta y gracejo,
tanto bullicio, locura tal...

Y oír, que zumba
la campana:
hoy... mañana...
morirás!

El tiempo es humo, y en pos del tiempo
viene rodando la eternidad.

R. MONJE. — *Burgos*: 1844.

ANTIGÜEDADES ESPAÑOLAS.



El Puente de Almaráz.

I.

Hubo en España una época de colosales y gigantescas empresas; época de gloriosísimos recuerdos, en la que jamás dejaba de alumbrar el sol los dominios españoles, ondeando do quiera con orgullo el imperial estandarte que ilustraban los castillos y leones: esta época de grandezas, que principió con la conquista de Granada y terminó con la muerte de Felipe II, ha dejado por do quiera tantas señales de poder y grandiosidad, que en vano la destructora mano de los siglos, la ignorancia y el error han intentado degradarla. Los nombres de los sabios Reyes Católicos, del indomable Carlos, y del sagáz y prudente Felipe, van siempre seguidos del respeto y de la admiración del mundo; y como si no fuesen bastantes para mantener tanta gloria los grandes sucesos que con tanta honra nos refiere la historia, quedan aun como recuerdo vivo de la época de nuestras glorias, una multitud de edificios colosales, en los que la mano del tiempo y la devastadora ignorancia no han podido marcar mas que débilmente su raquítica impudencia. Sus descarnados pero fuertes muros insultan con su firmeza la indolencia y la barbarie de cien generaciones que han visto nacer, crecer y hundirse, en tanto que ellos, viejos y descarnados, cumplen la gran misión que les impuso la sabia mano de su artífice. Tal es, entre otros infinitos que posee España, el hoy arruinado puente de Almaráz, modesto en su construcción, sencillo en su fábrica, pero grandioso, colosal y osado como la época á que pertenece.

Está situado en la carretera principal de Estremadura, sobre el río Tajo, media legua al sur de la

villa de Almaráz, célebre en los tiempos antiguos por haber pertenecido á los poderosos señores de su nombre, y por haber presenciado en diferentes ocasiones las guerras parciales de sus señores con la poderosa casa de Monroy, distinguida tambien por sus servicios importantes, y por haber nacido de su estirpe el ilustre conquistador de Mejico Hernando Cortés.

Une dicho puente las dos colinas en que va encajonado el río, y esta circunstancia motiva su gran elevación, que pasa de cien pies. Compónese de solos dos arcos, de los cuales el mas pequeño da paso á las aguas de las grandes avenidas, quedando en seco cuando estas desaparecen. El otro mayor, bajo el cual pasa el río, tiene una luz de ciento cuarenta pies: esta estrechez produce tanta velocidad en las aguas, que en la actualidad caminan cinco pies por segundo. Está fundado sobre un lecho de pizarra, y fue concluido por los años de 1552, reinando el Emperador Carlos V. Costeólo la ciudad de Plasencia, y fue su director Pedro de Urías, segun se lee en una inscripción que aun se conserva, y que dice así: «Este puente fue construido á espensas de la ciudad de Plasencia por Pedro de Urías, Maestro de obras, reinando el Emperador Carlos V. año de 1552.»

En los archivos de Plasencia no se encuentra ningun documento que determine el tiempo que se tardó en esta obra; supónese por algunos que fueron veinte años, pero esto no pasa de ser una opinion sin fundamento.

Las maderas que se emplearon para su construcción debieron inspirar poca confianza á su director,

pues los arcos estaban compuestos de tres órdenes de dovelas sobrepuestas unas á otras, y el arco existente se ve aun en esta forma. A la derecha se distingue el escudo del Emperador, y á la izquierda el de la ciudad de Plasencia, grabados ambos en berroqueña. Su construcción arquitectónica es en general modesta y sencilla; pero lo mas grandioso de la obra es, como ya dicho, el arco principal, que tiene 45 varas de largo y 56 de altura desde la superficie de las aguas.

Tres siglos respetaron esta obra colosal y admirable, tres siglos de guerras y de trastornos, sin que la mano de un Español se atreviese á destruir tan útil é interesante construcción; empero vino una época de bandería y de estrangerismo, nacieron las alianzas, origen de todos nuestros males, y el arco admirable vino al suelo á impulso de una mano estrangera, bien que undiendo entre sus ruinas á aquellos fróstratos, para convencerles de que no eran capaces sus inhétiles cabezas, ni aun de destruir la admirable obra del maestro Pedro de Urías.

Acaeció este desastroso suceso el 29 de Diciembre de 1809, durante la porfiada guerra de nuestra independencia.

Antes de esta época, en el año anterior, intentó cortarlo el General Galluzo, sucesor del desventurado San Juan, en union con los del Cardenal, el Conde y el Arzobispo; pero la trabazon era tan compacta, que por entonces no se pudo destruir, logrando solo resquebrajarla en parte.

No fue mas afortunado el General Cuesta, sucesor de Galluzo, en la temeraria quanto inútil empresa de la cortadura; encargó la ejecución á un ingeniero inglés, y no habiendo surtido efecto los hornillos, fue preciso descarnarle á pico y barreno, é hizose con tan poca precaucion, que al destrabarse los sillares, cayeron y se ahogaron veinte y seis trabajadores con el oficial de ingenieros que lo dirigia. Asi pereció á manos de la barbarie y de la ignorancia tan importante obra:

Hablando el elegante Conde de Toreno de este suceso, concluye: «Lástima fue la destrucción de tamaña grandeza; y en nuestro concepto, arruinábanse con sobrada celeridad obras importantes y de pública utilidad, sin que despues resultasen para las operaciones militares ventajas conocidas.»

Mas de treinta años pasaron despues sin que todo el poder del gobierno español fuese bastante y capaz de restaurar dicho arco; todos dudaban de su recomposición; nadie queria encargarse de este trabajo, y hasta llegó á hacerse objeto de cuentos y visiones de viejas la obra del arruinado puente. Contaban, no hace muchos años, las magas y echiceras de los pueblos vecinos, que yendo en sus escursiones nocturnas habian visto sobre una de las columnas próximas al rio un fantasma vestido de blanco, que contemplando el arruinado puente, decia:

Almaráz, Almaráz,

¿te caiste? no te levantarás;

y como antes ¡jamás! jamás!

(Se continuará en el 2.º artículo.)

L. VILLANUEVA.

NOVELA.

EL ESCLAVO. (1)

IX.

Arvinos miró á Nafael con curiosidad. Habia oido pronunciar muchas veces con desprecio ese nombre de cristiano; era segun decian la religion de los criminales y miserables, un cuento traído de Judea, y que como todas las cosas nuevas, habia seducido las clases inferiores del pueblo.

—¿Si tu Dios es bueno, dijo el hijo de Norva, no tiene poder, pues nos abandona á nuestros enemigos?

—Mi Dios me ama, contestó Nafael; quiere servirse de mi para sostener su ley. Cada fiel que muere fecunda con su sangre la nueva creencia. A fuerza de ver perecer mártires se les oirá esclamar: *Soy cristiano!* y se preguntarán recíprocamente qué significa esta palabra que enseña á los hombres á morir sin pesar y perdonando á sus verdugos.

—¿Y qué quiere decir? preguntó Arvinos.

—Quiere decir que se cree en un solo Dios verdadero, en el que creó la tierra para los hombres, y á estos para que vivan como hermanos. Todas las falsas divinidades que en el dia se reparten la adoración, caerán pronto, pues no son otra cosa que el símbolo de las pasiones humanas; solo quedará Dios, que es de todos como el sol.

—¿Y qué manda su ley? preguntó Arvinos.

La libertad y fraternidad entre los hombres, la felicidad de todos, y la decision de cada uno de ellos. A sus ojos, no son los mas santos los mas felices, sino los que padecen mas. Viene á destruir la violencia y romper las cadenas, no por medio de sublevaciones, sino con la persuacion. Dia llegará, y no está tal vez lejos, en que se proclame la igualdad de los hombres; pues el cristianismo no es solo una creencia, es la ley humana, el espíritu del porvenir; es una nueva era anunciada al mundo.

—¿Y no la veremos? dijo el hijo de Norva.

—¿Qué importa? la tierra no es mas que un lugar de tránsito. Aun reformada por la ley de Cristo, solo será una sombra de otro mundo mejor, donde cada cual será premiado segun sus obras.

—¿Y quién nos abre ese mundo? dijo Arvinos.

—La muerte! contestó Nafael.

Arvinos permaneció un momento silencioso. Las palabras del Armenio le habian conmovido profundamente. Percibía destellos de inesperada luz y entreveía mil nuevos horizontes. Comparaba esta religion fundada en la equidad y el amor, con las bárbaras lecciones de Morgan; y la impotencia de sus dioses que le dejaban sin consuelo en su abismo, con la generosidad del de los cristianos, que por indemnidad

(1) Véase el número anterior.

zarle de la vida, le mostraba mas allá de la tumba una existencia eterna donde principiaba el reinado de la equidad.

— De este modo, prosiguió despues de larga reflexión, tu creencia, Nafael, establece aqui una ley de justicia y de equidad; y como todas las obras humanas son imperfectas, ofrece otra vida donde serán reparadas las iniquidades, castigados los culpables, y consolados los aflijidos. Allí se hallará en toda su perfeccion lo que la ley de Cristo solo imperfectamente puede establecer entre los hombres, y la existencia del cielo continuará y enmendará la de la tierra.

— Sí, dijo el Armenio, y á nosotros que hemos conocido la verdad nos toca confesarla ante todos, y anunciar, pareciendo en el circo, esta buena nueva al género humano.

— ¡Nafael! exclamó Arvinos levantándose, quiero morir cristiano!

X.

Algunos dias despues, carteles fijados en todos los edificios públicos anunciaban el espectáculo ofrecido al pueblo romano por el emperador. La muchedumbre corria presurosa al circo, é invadía insensiblemente sus gradas como una marea creciente. Esclavos armados de rastrillos igualaban la pulverulenta arena, mientras que los encargados de los animales, con la cabeza descubierta y vestidos solo con su túnica sin mangas, se paseaban lentamente por delante de las cuevas.

Trajeron á los condenados, cuyo número era de cerca de doscientos. Iban en primera fila Nafael y Arvinos. Morgan les seguía con la cabeza erguida y la vista serena.

Al pasar delante del palco del emperador, inclinárouse todos, repitiendo segun costumbre.

— César, los que van á morir te saludan!

Llegaron al centro del circo donde les quitaron las cadenas, y en seguida se retiraron los lictores con los esclavos y los encargados de las fieras.

Hubo entonces un gran silencio de espectacion; todas las cabezas estaban adelantadas, y todos los ojos fijos en la arena. En aquel instante, Nafael agarró la mano de Arvinos y con fuerte voz:

— Romanos, exclamó, el Dios de los Cristianos es el único Dios verdadero; yo y este jóven, morimos confesando su nombre.

No habia aun concluido cuando ya se oyeron levantarse á la vez mil rugidos; todas las jaulas se habian abierto, y las fieras se precipitaban á la arena.

La mayor parte de los condenados se dispersaron, Arvinos y Nafael quedaron arrodillados, con las manos levantadas hácia el cielo.

¡Entonces principió una horrible refriega! Pero el polvo que se levantaba tardó poco en envolverla como una nube; solo se entreveían hombres huyendo; se oyeron gritos y profundos gemidos; luego todo se sosegó, y al disiparse la nube, solo se vieron los osos y los leones agachados sobre un lago de sangre, y acabando de despedazar los cadáveres.

FIN.

MISCELANEA.

Fac-símile de las firmas de personas célebres nacionales y extranjeras. (A)

Pedro Pablo Rubens

PEDRO PABLO RUBENS, el mas grande pintor de la escuela flamenca. Nació en Colonia en 1577, y murió en Anvers en 1611.

Sicard

SICARD. Nació en 1742 cerca de Tolosa de Francia, y murió en 1822. Fue en un principio Director de la escuela de Sor-

do-Mudos de Burdeos, y designado despues por la opinion pública para suceder al abate de L'Epée, cuyos trabajos perfeccionó. Los ejercicios públicos de sus alumnos le han hecho célebre en toda Europa.

CRISTINA

CRISTINA- Reina de Suecia, hija del Rey Gustavo

(A) Véase el número anterior.

Adolfo y de María Eleonora de Brandeburgo, nació en 1626, y sucedió á su padre, muerto en la batalla de Luzen. Negóse siempre á tomar esposo, contestando á las sollicitaciones que se le hacían: «Lo mismo puedo dar á luz un Neron que un Augusto.» En 1649 designó por sucesor á su primo hermano Carlos Gustavo, y en 1654 abdicó la corona en Upsal, ante los Estados reunidos por su órden. Viajó mucho por Europa, y murió en Roma en 1689. Pidió que se escribiera sobre su sepulcro este corto epitafio: *Vixit Christina annos 63.* Muger de caracter varonil, estaba dotada de una imaginacion viva, de feliz memoria y de rara inteligencia. Han quedado de ella algunos opúsculos en los cuales se reconoce su caracter.

Turgot

TURGOT, celebre economista, nació en París en 1727, y murió en 1781. Su discurso de *Los progresos sucesivos del entendimiento humano*, pronunciado en 1750, ofrece una porcion de ideas

y golpes de vista que parecen emitidos en el dia. Nombrado ministro de Luis XVI, encontró dificultades inesperadas cuando quiso aplicar al gabinete sus teorías. Voltaire le dirigió estos dos versos:

«Philósophe indulgent, ministre citoyen.

«Qui ne cherche le vrai que pour faire le bien.»

Luis XVI decia un dia: «Solo Mr. Turgot y yo amamos la Francia.

Berthollet

BERTHOLLET. Nació en Anney en Savoya, y murió el 6 de Noviembre de 1822, á la edad de 74 años. Colaborador de Lavoisier desde un principio, uno de los creadores de la nomenclatura química, cuyo vicio fundamental presagió

é indicó sin embargo; inventor de un procedimiento de blanqueo, cuyos resultados han sido magníficos; encargado con Monge de improvisar salitre para la República Francesa; autor del *Arte de tintura*. Colocado Berthollet entre los primeros químicos por sus trabajos tecnológicos, se adquirió además aquel lugar con sus trabajos teóricos, cuyo recuerdo es la *Estadística química*.

Gluck

GLUCK, compositor de música lírica alemán, autor de una infinidad de óperas, de las cuales las mejores son *Armida*, *Alcestes*, *Orfeo* y *Las dos Efigenias*. Cuando

principió su reputacion tenia cuarenta años. Hizo en Francia una revolucion musical; pero hubo lucha, y Paccini fue su adversario. Sabido es que París se dividió en *gluckistas* y *paccinistas*. Murió en 1787, á la edad de 63 años.

Erasmus

ERASMO (Martín), sabio ilustre; nació en Rotterdam en 1467, fue siendo niño monaguillo de la catedral de Utrecht, y habiendo perdido á sus padres, le obligaron sus tutores á tomar el hábito de canónigo regular de San Agustín. Viajó por Francia, Italia é Inglaterra, y se fijó en Basilea para cuidar de la impresion de sus obras. Carlos de Austria, soberano de los Países Bajos, y luego Emperador con el nombre de Carlos V., le nombró su Consejero y le dió una pension anual de 200 florines. Principiaba entonces la Reforma religiosa, y aunque Erasmo se mostró algo inclinado á la doctrina de Lutero, no pudo aprobar los excesos de los reformistas. Tuvo la suerte que tienen casi siempre las gentes moderadas, disgustó á los dos partidos, y los frailes le persiguieron tanto como los luteranos. Murió en Basilea en 1536. En una plaza de Rotterdam hay una estatua suya en bronce, como recuerdo de un hijo ilustre de aquella ciudad.

Juan Bart

JUAN BART. Nació en Dunkerque en 1751, y murió en 1702. Ninguno que esté un po-

co versado en la historia, desconocerá las grandes hazañas de este atrevido marino. Contaba ya cuarenta años y no había mandado aun mas que corsarios, cuando Luis XIV le dijo: «Juan Bart, acabo de nombraros jefe de escuadra.» — «Habeis hecho bien, señor,» contestó al momento el antiguo pescador, como hombre que sabia lo que valia.

Racine

RACINE (Juan). Nació en la Ferté Milon en 1639, y murió en París en 1699. Es considerado como el mas grande autor trágico de Francia despues de Pedro Corneille,

y segun algunos, á la par que él.

Lavater

LAVATER (Juan Gaspar) murió en 1799 en Zurich, su patria, á la edad de 60 años, de resueltas de un tiro en el bajo

vientre: jamás quiso descubrir á su asesino. Este hábil fisonomista dejó una obra célebre, en la que reduce á reglas el arte de juzgar el interior del hombre por el exterior. Al leerlo es preciso no olvidar que este arte tan frecuentemente engañoso, depende tambien, y mucho, de una especie de impresion misteriosa y secreta, á la cual Lavater, particularmente predispuesto por la naturaleza, era tanto mas sensible, cuanto habia tomado la costumbre de abandonarse á ella.

(Se continuará).